

La Gran Via

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.

Madrid, 18 de Noviembre de 1894.

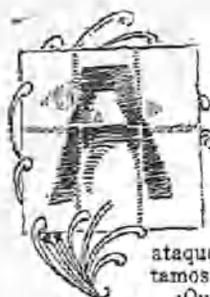
Núm. 73.



EL MERCADO.—VENDEDORAS AMBULANTES

(Composición y dibujo de D. F. Alberti)

ACTUALIDADES



NADA, anda! ¡Y cómo sacude *El Imparcial* á los señores del matute, según dicho diario!

Pero no por esto se ha olvidado de Pasquín.

Es la monomanía del mencionado periódico.

¡Ah! ¡Y cuán injustos son esos ataques al Ministro de Marina que disfrutamos!

¿Qué hace el Sr. Pasquín?

Nada.

Luego cumple con su misión sobre las aguas, puesto que ninguna tiene sobre la tierra.

Y subsiste y se defiende, y el Presidente del Consejo le apoya, convencido de que no habrá de encontrar en el partido de su digno mando otro hombre de mar como el Ministro actual ó corriente.

U otro hombre al agua.

—Es necesario—decía en uno de los últimos Consejos—llevar al Congreso unos papeles que pidió en las últimas de abono de la primera temporada el Sr. Gasset. ¡Cuidado, que al joven diputado le gusta el papel! ¡Un hombre que tiene á su disposición el de *El Imparcial*, y aun me pide á mí papeles!

—¡Buena campañita está haciendo contra usted!—le decía el Presidente.

—Hasta que me derribe—apuntó un tanto apenado el Ministro hidráulico.

—No tenga usted cuidado: la plaza de usted no puede servir para un posibilista, porque no *les* hay con suficientes conocimientos náuticos.

—¡Ya!

Lo que no ha satisfecho del todo á los espectadores más exigentes ha sido la campaña contra el fraude de los matuteros.

Cuando leyeron el programa se entusiasmaron.

Porque en aquel programa oían á sangre de las «victimas», sentían palpitar los cuerpos municipales, «crecien cadáveres», se recreaban *à priori*, con el espanto y el estrago en el Ayuntamiento de Madrid.

Pero, nada; continúan en el misterio los nombres de los concejales «que se han de comer la tierra», como suele decirse.

—Los verdaderos delincuentes, los matuteros oficiales; esto es lo que deseamos que se descubra sin consideraciones que lo impidan. ¿Entiende usted, Sr. Gasset?

Aquel prólogo fué el deleitoso sueño del vecindario. Como el prólogo de las sesiones en el Congreso.

«Cuán triste, y cuán parecida su élgica en el mármol es!»

Según dice un diputado de la casa, ó sea un trovador fusionista, que no es Núñez de Arce, ni amenaza serlo, aludiendo al Sr. Sagasta:

—Ya no es aquel hombre que dejaba llegar á la res... digo, á los acontecimientos, «sereno y valientes», con música del Himno de Riego.

Aquel «temerario» jefe de partido, que fué rayo en la oposición y palomo con oliva, ó con aceituna, en el poder.

Aquel orador, á quien sus íntimos y cómplices en morrion aconsejaban, enjugándole el rostro cuando su- daba credenciales:

—Tranquilízate Mateo—algunos le denominaron siempre «Mateo», porque, como decían, no sé si Severiano ó Angulo, tenía cierta semejanza con el evangelista, y era uno de los del partido progresista en aquellos años primeros de su vida política y literaria.

El caso es que ha conseguido, como siempre, arreglar un Ministerio, sin que se conozca, como anuncian sus trabajos las zurcidoras, y como ocultan varios de nuestros autores dramáticos ó cómicos originales por fuera.

Los ministros ese llevan como ángeles.

Caso raro, al parecer, tratándose de hombres de tan diversas procedencias.

Pero es la verdad.

El despacho de la Presidencia, donde se reúnen los Ministros, ordinariamente es un Paraíso perdido.

—¿Cómo andamos, Germán?—pregunta el jefe... temporero del partido y del Gabinete.

—Así, así, Práxedes: este bacillus Puigcerver me inspira cierto recelo.

—Cosas de escuela; nada, nada; hay que «acomprimirse».

—¡Hola, Manra!

—¡Hola, Abarzuza!

—¡Dichosos ojos!

—Lo mismo digo.

—Gracias.

—¡Esto es saber guiar un partido y conocer á fondo el corazón humano!—exclama D. Práxedes, embriagado de Gamazo, Maura, López, Abarzuza y demás.

Y luego, en un momento en que el Ministro de Ultramar, distraído, piensa en Alvarado, el Presidente, coquileándole en un oído con un papelito, le dice:

—«La buenaventura,
si Dios te la da;
si te pica la mosca,
rascátela.»

Los dos sueltan el trapo á reír como dos inocentes.

Parece que anoche ó anteanoche preguntaba el señor Sagasta al Ministro de Ultramar:

—¿Diga usted, y ese Alvarado tendrá la talla de Albareda?

—No se pueda precisar—respondió el interpelado,—porque está creciendo; pero le gustará á usted.

—¿Como posibilista?

—¡Hombre! Y el que no ha gustado del todo es Masini. En claro, los genios se gastan como las personas pacíficas.

¡Si no fuera por esta contingencia, cuánto se conservarían los tenores!

Como los loros.

Pero *Le Temps* concluye con todo.

Menos con el Ministro de Ultramar, que le lee desde pequeño.

Es una contrariedad para la Empresa del teatro de la Ópera.

Porque Masini era el cartel.

La base de cualquiera combinación, y si él fracasara del todo...

No parece creíble.

Verdad es que si él fracasara, algún posibilista saldría por ahí haciendo de tenor absoluto».

FONÓGRAFO PERFECCIONADO

6

QUIEN ESCUCHA, SU MAL OYE

I.

La mayoría de los amigos de D. Ruperto, al saber la fausta nueva de su enlace, hicieron muy sabrosos comentarios, porque á los cincuenta y pico de años es loco el empeño de acometer tan arriesgada empresa, mucho más si la novia—como en el caso presente ocurría,—contaba menos primaveras que reales un duro.

Y con maleante intención murmuraban los amigos:

— ¡Incanto manchego! ¡En qué lances se aventura!....

Á ésta, como á otras más exageradas muestras caritativas, hacía D. Ruperto oídos de mercader, y si alguno de sus íntimos, machacón y suspicaz, le enumeraba las aprensiones que el casorio le producía, encogíase bonitamente de hombros, sonreía desdeñoso y, engallándose, replicaba en son de ciudadano que sabe ver más allá de sus narices:

— ¡Hombre! ya sé yo lo que me hago. ¿Crees que si no estuviera bien convencido de que nada malo ha de ocurrirme me metería así como así en la boca del lobo?.... ¡Quia! Estoy á cubierto de cualquiera *catástrofe* que pudiera sobrevenirme.... Tengo el orgullo de proclamar, *urbis et orbe*, el único marido que sabrá sorprender el pensamiento de su mujer sin que ella lo advierta.... No, no he hecho pacto con ningún espíritu infernal; he arrancado á la ciencia uno de sus más peregrinos secretos; que no en balde pasé la vida estudiándola, y aunque esto no fuera así, mi futura es una muchacha de conducta irreprochable, y si se casa conmigo no es por un interés grosero, sino por un cariño apacible, puro, fraternal.

Si á D. Ruperto se le estrechaba para que indicase la índole de su invento, excusaba el deseo exclamando con acento de orgullosa satisfacción:

— ¡Ese es mi gran secreto!

Y quedáronse todos los que en el descubrimiento querían meter baza *in albis*, contrariados, y muchísimo más deseosos de descubrir la *non plus* de las maravillas, y D. Ruperto contrajo matrimonio y dió que reir á más de cuatro, que siempre es sainete un novio de cincuenta Abriles.

II.

Digo que este D. Ruperto de mi historia era hombre sabio si los hay, habilísimo mecánico, químico consumado é inventor digno de loa.

Su invento tenía por base el fonógrafo de Edison. Consistía en una caja especialísima, la cual podía ser depositada en cualquiera parte, debajo de un mueble, por ejemplo; y durante un número fijo de horas, cuantos ruidos se produjesen en la habitación se fijaban en la cubierta sensible de varios cilindros que giraban por medio de un ingenioso aparato de relojería, emplazado en el fondo de la sorprendente caja.

Y esto dicho, prosigue la historia:

Don Ruperto, desde el día siguiente al de su enlace con la bella Elena—que Elena y bella era su mujercita,—cuidóse de encerrar cotidianamente en los sitios menos sospechosos de las habitaciones de su señora, y á hurtadillas de todos los de la casa, los portentosos aparatos de su invención.

El resultado de sus experimentos anotábalos en un cuaderno por días.

Los apuntes de los dos primeros meses no ofrecían nada de particular; sinnúmero de conversaciones insulsas de amiguitas que iban á visitar á Elena; algún que otro chinarrazo á la edad de D. Ruperto, y alguna que otra pícante alusión al *qherismo* de su cónyuge.

Esta siempre mostrábase la esposa digna.



La monotonía de lo escrito en las primeras páginas del *Memorandum fonográfico* interrumpiase con esta expresiva frase, trazada con pulso trémulo:
¡Empiezo á escamarme!
 He aquí ahora algunos fragmentos entresacados del *Memorandum* en los días subsiguientes:

III.

DÍA 13.

No soy supersticioso; pero hoy, al preparar la audición, siento un vago presentimiento de que ha de serme fatal la cifra del día.

Decidámonos.

La audición empieza alegremente.... El canario del gabinete de Elena gorjea....



—Señorita.... (*Voz de la criada.*)

—¿Qué quieres? (*Mi mujer.*)

CRIDA.—¿El señor Vizconde de Altamar que si puede recibirle la señora!....

ELENA.—(El otra vez!) Que pase.

(*Pausa.*) (Este canario es insoportable.... El diálogo se pierde.... Un minuto.... Dos.... Tres.... Cesa el canto.)

ELENA.—Caballero, ya le advertí ayer que debíamos olvidar el tiempo pasado. (¡Muy bien dicho!)

VIZCONDE.—Olydémose en buena hora.... Nuestro presente puede ser más hermoso.

ELENA.—Olvida usted que estoy casada.

VIZCONDE.—Sí; con un viejo. (¡Yo!)

ELENA.—Que mis deberes....

VIZCONDE.—No existen cuando el egoísmo los produce.

ELENA.—Explíquese usted.

VIZCONDE.—¿Será usted conmigo tan franca como yo voy á serlo con usted?

ELENA.—Lo será.

VIZCONDE.—¿Ama usted á su marido?

ELENA.—Esa pregunta, Vizconde....

VIZCONDE.—¿Como á un amante?

ELENA.—¡No! (¡Dios mío!)

VIZCONDE.—Usted le quiere como á un padre.... ¿Verdad?

ELENA.—Lo mismo....

VIZCONDE.—¿Y va usted á sacrificar su juventud? ¿Y acepta usted el suplicio de encadenar su belleza y lozanía á la antipática y helada de un hombre caduco?

ELENA.—Mis deberes....

VIZCONDE.—Otra vez!

(Es oportuno el bichito.... ¿Yo mato al canario!... El demonio hace que gorjee ahora.)

DÍA 14.

Mi mujer toca al piano el *Dio de Hugonotes*.... De nuevo el Vizconde penetra en el gabinete.... Elena sostiene con él una conversación insulsa.

VIZCONDE.—Al lado de usted todo lo olvido: el tiempo queda en suspenso.

ELENA.—Gracias por la galantería.

VIZCONDE.—Esos ojos tan hermosísimos me sugestionan.

ELENA.—Los cerraré.

VIZCONDE.—No sea usted tan cruel.... Aunque supiera abrasarme en ellos, le suplico no los aparte..

CRIDA.—Las señoras de Granvilla.

ELENA.—Que pasen á la sala.... Vizconde....

VIZCONDE.—Me retiro, con su permiso.... Adiós.

ELENA.—¡Ay!

VIZCONDE.—Le he hecho á usted mucho daño!

ELENA.—No, no ha sido nada.... Estrechó usted la mano con tal fuerza....

VIZCONDE.—Perdón, Elena....

DÍA 15.

Mi mujer ha salido á paseo. No hay audición.

DÍA 16.

El calvario de mi curiosidad es horrible....

No percibo ningún sonido.... El rum rum de los coches se fija en el aparato.... Se casa la hija del marqués que vive en el principal, y en la calle el trasiego de carruajes es ensordecedor.

DÍA 17.

(Última página del *Memorandum.*)

La pluma se resiste á estampar mi desdichada suerte

¡Soy el más infeliz y el más cándido de los maridos!....

Parece que me comprime el pecho una mano vigorosa que aprieta.... aprieta.

Los celos y los sufrimientos más horribles batallan en mi cerebro llenándole de sombras.

En verdad que he sido un gran necio en casarme. He creído realidad el fingimiento de una mujer habilidosa.

Ella no tiene la culpa....

Me culpo á mí mismo.

Para adoptar la solución que voy á poner en práctica he tardado más de una hora.

Debo abandonar á esa mujer, debo alejarme de su lado é irme á remotos países.

Si alguien osa preguntarme por qué no vengué mi daño, le diré que haciendo público mi invento seré el vengador universal de cuantos maridos tengan, como yo, el triste convencimiento de que sus mujeres no buscan en el matrimonio el cariño mutuo de las almas, sino el egoísmo de un porvenir que, poniéndolas á cubierto de privaciones, las deje en libertad de lanzarse á aventuras peligrosas....

ALEJANDRO LARRUBIERA.

LA CARTERA DE UN SERENO

I.

Vaya si prospera el mundo.
No gastaban los serenos
carteras ni lápiz Fábér
allá en los benditos tiempos
en que gobernaba á España
el rey don Fernando séptimo.
Mas la gastan actualmente,
si no todos, muchos de ellos.
El sereno de mi calle
la gasta, y el de don Pedro
Torreblanca y Culebrinas
de Bronce, mi compañero
de oficina, en su cartera
de *chagrin*, con lápiz negro,
escribe todas las noches,
con pulso firme y sereno,
que para un sereno es mucho,
porque abusa del añojo.....
*«La oja utógrafa del alba,
que para cunocimiento
de los vecinos escribe
Zacarías el gallego.»*
Mi querido Culebrinas
me facilitó un momento
la cartera, y he extractado
sus párrafos más amenos.
Los transcribo, corrigiendo
la ortografía; comienzo.

II.

Don Jacinto Domilá,
del sotabanco del 2,
todas las noches de Dios
se acuesta con la *tajá*.

Dato que vale un tesoro;
Puesto que nos manifiesta
que estando en Madrid..... se acuesta
entre Pinto y Valdemoro.

El del 3, don Juan Sangría,
aunque acostarse quisiera,
sentado aguarda en la acera
hasta que amanece el día.

Es un hombre sin defectos,



soltero y morigerado.
Vive solo acompañado
de unos millones.... de insectos.

Las precauciones no valen,
pues por muchas que se toman,
en el mes de Abril asoman,
en el mes de Mayo salen
parcamente, por secciones;
y en Julio—créanme ustedes—
van por aquellas paredes
á millares y á millones.

He sabido, con sorpresa,
que tantas se van juntando,



que há dos noches, arrastrando,
se le llevaban la mesa.

Como la fuerza es la unión,
al juntarse las cuadrillas,
no exagero, hasta las sillas
le cambian de habitación.

Por tener buenas partidas
y darme alguna receta,
ayer le dí una peseta
de polvos insecticidas.

El cornetín don Clemente;
murguista, vive tocando;
mas lo que gana soplando,
se lo sopla en aguardiente.

Las *tajás*, el cornetín,
unas con otras *bifurga*,
de manera que la murga
es para el del cafetín.

El del 10, buena persona.
Don José Paz Chicoleos,
ambulante de Correos

de Madrid á Barcelona.

Es caballero que estimo.
A su esposa doña Anita,
que es joven y muy bonita,
la visita mucho un primo
joven y de buen talante;
pero, ¡vaya!, es mucho quid,
que sólo *llegue* á Madrid
cuando *se va* el ambulante.

En el 6, á don Rosendo
há un año estoy encerrando.
Viene unas veces cantando
y otras viene maldiciendo.

Vive bien, sin estrecheces,
con su mujer y dos hijas.
Trae unas veces sortijas,
y no las trae otras veces.

Tan pronto es franco y *jovial*,
como se vuelve un estuco;
ya me dice: «¡hola, farruco!»,
ya me dice: «¡abre, animal!»

No tiene igual el humor,
ni igual la naturaleza.
Le perdono la rareza
porque paga; es jugador.

La del 7. ¡Qué manías
le dan á doña Tomasa!
La pobre mujer se casa
y *enviuda*..... todos los días.

Aunque cuentas no le pido,
me dice con interés
cuando la encierro: «Después
le abrirá usted á mi marido.»

¡Y de reir me da gana;
Porque esas ridiculeces!.....
Ya se ha casado cien veces,
que yo sepa, esta semana.

III.

Si las tuviéramos todas
á la vista... ¡qué misterios
arrojarían de sí
las *hojas de los serenos!*

RAFAEL MARÍA LIERN.

EL PADRE CLETO



Pocos hombres he conocido tan simpáticos como él, á pesar de ser cura. De éstos no he conocido ninguno, y confieso que, especialmente entre los de misa y olla, los he tratado muy simpáticos y muy buenas personas.

En el batallón, desde el Teniente coronel al soldado últimamente incorporado, le queríamos todos, y los oficiales sobre todo; con él bromábamos sin cesar, ó mejor dicho, él era el que bromeaba con todos, porque lo que es como hombre ingenioso

y ocurren no había que pedirle nada.

Nacido en un pueblo inmediato á Jerez, era hombre de fina gracia, á pesar de ser andaluz; y no se me ofendan los andaluces por el adverbio. He conocido andaluces muy graciosos; pero los que por la sola condición de haber nacido más allá de Despeñaperros se creen ya con la ineludible obligación de hacer gracia á todo el mundo, y *coriar el bacalao* como ocurren en todas partes, me resultan de una *pata* inaguantable. Los hay hasta que tosen antes de hablar, como diciendo: «eh, caballeros, atención, que ahí va una gracia!»

No era de éstos nuestro simpático *pater*. Era gracioso, no por ser andaluz, sino á pesar de serlo.

Hombre de regular cultura y de fina educación, adornaba su conversación con oportunísimas citas, que traía á cuento sin enfadosos alardes de pedantesca erudición. Conocía ó inventaba episodios relativos á todos los grandes hombres, cuyos episodios, por antiguos que fueran, aplicaba á las costumbres y tiempos modernos. Así, por ejemplo, resultaba gracioso, en medio de una apasionada discusión sobre toros y toreros, oírle decir, para calmar los ánimos y *dilucidar* la cuestión: «Manifestaré á ustedes lo que acerca de eso dijo Epaminondas, después de ver matar seis miras al Tato en la plaza de Ronda.»

A los santos les hacía intervenir con frecuencia en sus relatos, repartiéndoles siempre el mejor y más simpático papel. Con el dogma no se permitía jamás la menor broma, y los deberes de su sacerdocio los llenaba con la mayor escrupulosidad, porque, eso sí, era creyente á macha y martillo y cura en su propia tinta, con ribetes de carlista, no obstante hacer la campaña en el ejército liberal.

El P. Cleto no tenía nada suyo. Se podía decir de él lo que Campomar de otro:

«El cura del Pilar de la Horadada,
como todo lo da, no tiene nada.»

De su modesta paga, destinaba más de un tercio para girar puntualmente á su anciana madre; otro tercio para la manutención; un buen pico para limosnas, y el resto, unido á lo que daba la diaria misilla y algún que otro funeral..., se lo jugaba á todo lo que salía; porque lo que es jugador, no he visto ninguno de tan pura casta como nuestro inolvidable capellán. Jugaba á todo, y á todo jugaba muy bien. Mejor que un folleto sobre cualquier punto teológico, podía escribir una enciclopedia sobre todos los juegos conocidos.

Fuera del tiempo destinado á sus deberes religiosos, lo restante lo dedicaba á jugar, porque yo no sé cuándo dormía, ni cómo se alimentaba. Por la mañana, después de misa, unas carambolas ó un plato en la mesa del Casino. Antes de la hora de almorzar, un mus para entretener el tiempo; después, en el café, éste y una copita de cognac al *capicúa*. Á las tres, ya se sabía, la partida de tresillo á céntimo doble con palo de favor, premio al solo y *endiada* continua, y cuando le tocaba dar y no se pasaba, pasaba él á la estancia contigua á poner dos pesetitas á la *menor* del *gallo*, comisión que solía dar á cualquiera de la partida que se hallase en aquel caso. Por la noche armaba un julepe que duraba hasta las dos, y cuando ya á esta hora veía con tristeza disolverse la partida, decía: «Vaya, señores, para despedida, aquí están cuatro duros á todo trapo. A ver quién me los lleva antes.» Y si las posturas pasaban de dicha cantidad, «está abonado», decía, y ya tenía que hacer hasta una hora antes de misa, hora que dedicaba, invariablemente, al arrepentimiento, pidiéndole á Dios perdón por tanta *talla*.

Cuando se quedaba sólo en el cuarto de banderas por estar el batallón formado, ó en su casa antes de acostarse, hacía solitarios. Llevaba siempre consigo, en un bolsillo el Breviario y en otro la baraja.

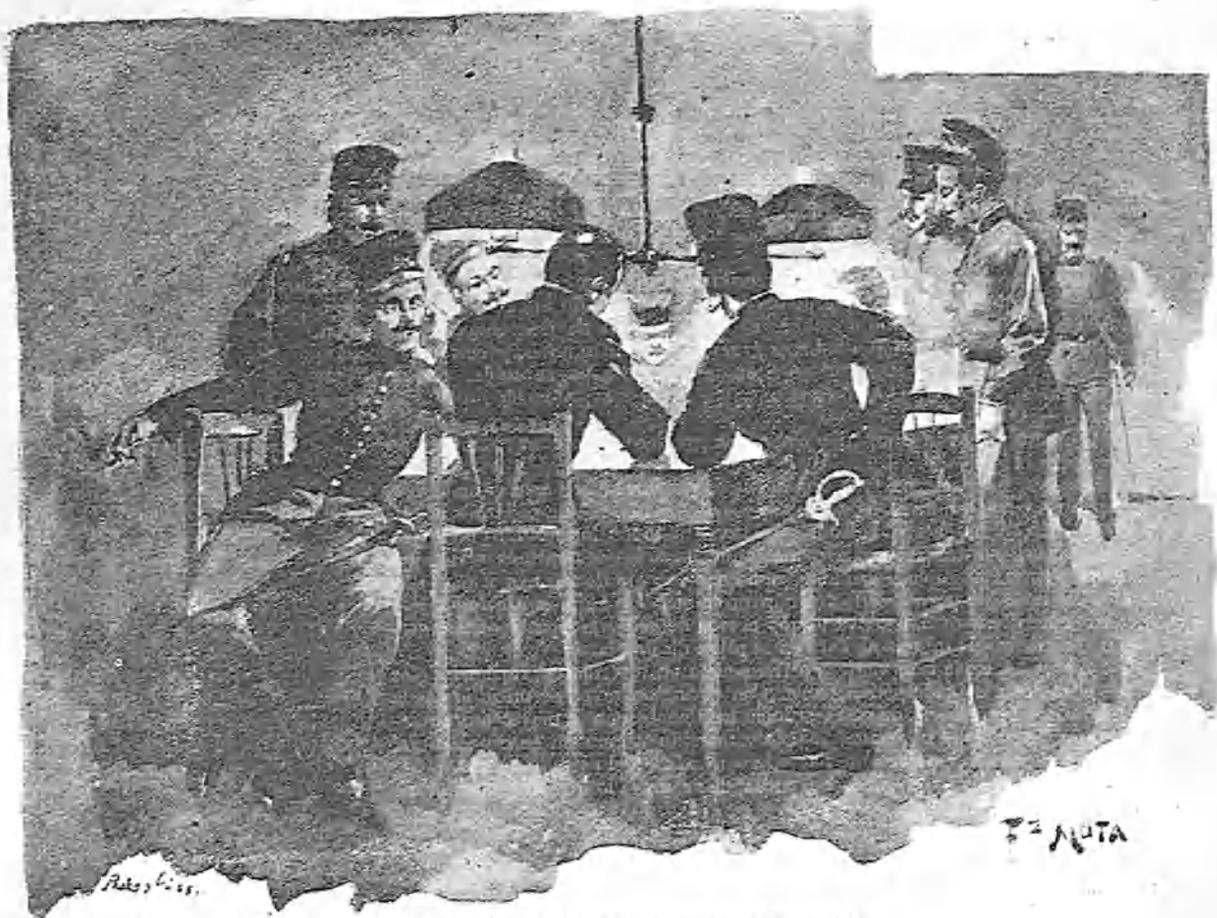
Un día, hacía ya un mes que estábamos de guarnición en Valencia, iba en el tranvía y se encontró con un señor, paisano suyo y dignidad de aquella Catedral. Saludáronse, y al ofrecerse la casa, sacó el canónigo una tarjeta, diciendo: «Vaya usted á verme; ahí tiene usted su casa.» D. Cleto hizo lo propio, diciendo: «Pues ahí tiene usted le suya;» y le entregó... una sota de copas. El bochorno del pobre *pater* no puede describirse. Aquel día maldijo la costumbre de llevar la baraja tan á la mano, y desde entonces decidió firmemente llevarla en el bolsillo de atrás.



F. M.

En el Casino de Segorbe había una noche una buena partida. Se tallaban cinco mil pesetas, y apuntaban casi todos los oficiales del batallón, y el P. Cleto, que llevaba su juego especial. El alférez López estaba de malas, y venía perdiendo seis ó siete posturas seguidas. El *pater* se propuso dar tres golpes á un durito, intentando el primero en un *cuatro* contra un *siete*, en que llevaba una postura el alférez López. Salió aquél, cobró el *pater* su duro, y el Alférez, cuya boca era un saco de blasfemias, dijo:

- ¡Me ca..... so en San.....!
- ¡Hombre! ¡López, por Dios santo! ¡Que estoy aquí!
- Déjeme usted en paz, *pater*.



Puso éste sus dos duros, y nueva postura López á la carta contraria, y se negó ésta.

- ¡Me ca..... so hasta en.....!—repitió el Alférez, cada vez más desesperado.
- ¡Hombre! ¡Por la Virgen Santísima!—dijo el *pater*, mientras cobraba los dos duros.
- ¡No me jo..... robe usted, señor Cura!

Intentó el tercer golpe D. Cleto, coincidiendo esta vez su juego con el que llevaba López. Se negó la carta, y perdieron ambos.

—¡Me ca..... so en San..... Pedro!—dijo López en el colmo de la desesperación, mientras que nuestro *pater*, con serénica resignación, viendo entrar sus cuatro duritos en la banca, miró á López, y dijo: *¡Bien ca..... sao va!*

En una ocasión le preguntamos:—Pero, *pater*, el día que muera usted, vaya á la gloria, y se encuentre con que allí no se juega á nada, ¿qué va usted á hacer?

- Pues pedir al momento dos meses de licencia por enfermo para el purgatorio.
- ¿Para qué?

—Para que me la den con la paga entera, y jugármela allí con las ánimas benditas, que deben ser gente de recursos.

Yo hace muchísimo tiempo que he perdido la pista del simpático capellán. Si por casualidad llega este número á sus manos y se reconoce en este retrato, á pesar de haberle cambiado el nombre, le pido perdón, prometiéndole, en cambio, hacerle el tercero al tresillo hasta que diga: *¡A sacar el plato!*

RICARDO MONASTERIO.

TERTULIA CASERA

(DIBUJOS DE GULL.)



Don Meliton Redondilla, que les trata de hacer oír (sin conseguirlo, pues se le duermen en cuanto empieza a leer) su último drama «Horror, tumba y sacrilegio».



Don Inés de la Cruz, Doña Simona Pérez de Gómez y Casilda Gómez y Pérez, reciben todos los martes á...



Tomaso Pantilló, tercer premio del Conservatorio, que ejecuta diferentes piezas en el violín, entre los más entusiastas oyentes de la distinguida concurrencia.



Juanito González, un chico de Sevilla, que hace morir de risa á los tertulianos con sus oportunas caídas, y de amor á la niña de la casa, con su caída de ojos.



Remigio Mantequín, que lleva todas las noches un paquetito de caramelos (procedentes de un saldo) para las señoras; un traje precioso de la calle de la Cruz, para dar envidia á los caballeros, y su hermosa voz de barítono para alterar el sistema nervioso de cuantos tienen la dicha de escucharla.



Don Aniceto Pestaña, gran aficionado á hacer juegos de manos y á escarlar á uno el maldito de oro, pongo por caso, por las narices, los oídos, etc., etc.



Don Simplicio Badalque, redactor del «Catalismo lumínico», que toma notas de la reunión para su periódico, toma chocolate con el dueño de la casa, y toma doce vasos de agua con doce azucarillos... cada vaso.



LAS VACACIONES

Universidad famosa,
pasmo de propios y extraños,
dulce nido de gorriones,
ilustre plantel de sabios.

(*Quilones de Benavente.*)

I.

Cuando del sol los rayos
el campo abrasan,
vuelven los estudiantes
de Salamanca;
que en vacaciones
pueden cambiar los libros
por los amores.

Ocho meses del año
tras de su reja
los esperó llorosa
más de una bella.
Mas ya pasaron
las horas que la ausencia
bañaba en llanto.

—
Ya vuelven a la Corte
los estudiantes,
de risueñas canciones

poblando el aire;
que en su alegría,
dejan hoy los manteos
por la ropilla.

—
Por eso, cuando tornan,
de amor henchidos,
murmurando entre dientes:
«¡Malditos libros!»
alegres cantan:
«¡Bien dicen que en la tierra
no hay penas largas!»

II.

Entre juego, pendencias
y amantes lances,
huyen las vacaciones,
asaz fugaces.
Y es que, en la Corte,
como instantes las horas
veloces corren.

—
Que nunca en su recinto
se echó de menos
ni rufianes, ni dados,
ni vino añejo.
Y más agradan,
que Bártulos y Valdos,
dados y espadas.

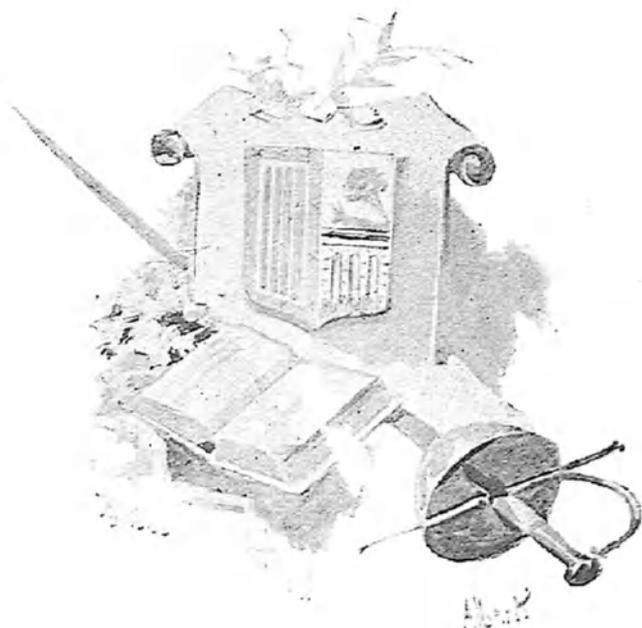
—
Mas ya el viento de otoño
las hojas secas
en sus alas movibles
fugaz se lleva.
Llegó el momento

de dejar la ropilla
por el manteo.

—
Ya á Salamanca tornan
los estudiantes,
de suspiros y quejas
poblando el aire;
que es su destino
cambiar dichas por penas
y amor por libros.

—
Por eso, al separarse
de sus amores,
más de una altiva dama
de altivo porte,
llorando exclama:
«¡Bien dicen que en el mundo
no hay dichas largas!»

ANGEL R. CHAVES.





La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN TODA ESPAÑA

Trimestre. 2 Pesetas.
Semestre. 4 »
Año. 8 »

ULTRAMAR Y EXTRANJERO

Año. 15 francos oro.

Redacción y Administración: Capellanes,
10, Madrid.

CUADRADO, POR RAMOS MONTOYA

INDICADO A PÉDRO C.

0	*	*	*	*	0
0	*	*	*	*	0
0	*	*	*	*	0
0	*	*	*	*	0
0	*	*	*	*	0
0	*	*	*	*	0

Leer horizontalmente:

En la caballería.—El que vende gafa.—
Personaje bíblico.—En el África.—El que
roba a una mujer.—Legumbre.

En las verticales ha de leerse el nombre
de un vino dos veces.

CON RAZÓN

Aun con capa y pantalón,
chaleco y sombrero hongo, ¡
seréis feos, con razón,
si no empleáis el jabón
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería Victor Vaissier, place de
l'Opera, 4, Paris.

¡¡ESTUPEFACCIÓN GENERAL!!!

¡Gran atracción! ¡Gran sorpresa!
¡Qué relojes tan hermosos
vende a precios asombrosos
la Relojería Inglesa!

17, PRECIADOS, 17.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

FOR A. CALLEJA

1	2	3	4	5	6	7	8	9	0
6	9	0	0	9	8	6	9	3	
7	8	3	5	0	4	9	3		
	7	2	3	9	3	1	9		
		7	3	5	4	8	9		
			3	2	6	9	8		
				0	5	8	9		
					3	7	5		
						3	9		
							5		

Sustituir los números por letras, y con
ellas formar:

Emperador romano.—Pueblo de España.
—Idem.—Nombre de mujer.—Idem.—Nom-
bre de varón.—Flor.—Signo del Zodíaco.—
Nota musical.—Vocal.

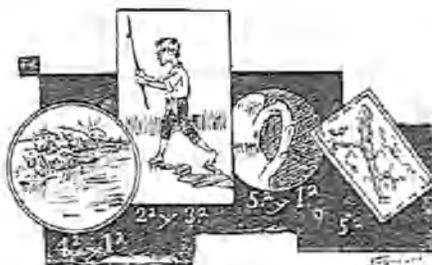
LOS SIETE PECADOS CAPITALES

FOR A. NOVEJARQUE

S O B E R B I A
A V A R I C I A
L U J U R I A
I R A
G U I A
E N V I D I A
P E R E Z A

Reemplazar estos siete pecados por nom-
bres de mujer, de igual número de letras, de
modo que, en el mismo orden que están
colocados, las iniciales de los nombres den,
en forma de acróstico, el nombre de una
provincia de España.

CHARADA EN ACCIÓN, por A. Novejarque



CUBO, POR RAMOS MONTOYA

	P	*	*	*	*	D
	*	*	*	*	*	*
	*	*	*	*	*	*
A	*	*	*	*	*	R
*	*	*	*	*	*	*
*	*	*	*	*	*	*
*	*	*	*	*	*	*
*	*	*	*	*	*	*
*	*	*	*	*	*	*
A	*	*	*	*	*	O

Sustituir las estrellas por letras, para que,
empezando a leer por las que figuran en el
cubo, den:

El que vende cierta clase de animales.—
Ciudad de España.—Territorio asignado a
un obispo.—Nombre de un árbol (es también
apellido de un torero).—Ministro.—El que
antecede a otro.—Verbo en infinitivo.—En
las droguerías.—Pueblo de Andalucía.—Los
creyentes de la religión.—Tela.—Mujer.

Nuestros apreciables lectores leerán en
la presente edición un anuncio de la bien
reputada firma de los Señores **Valen-
tin & Cia.**, Banqueros, y Expendeduría
general de lotería en **Hamburgo**, to-
cante a la lotería de Hamburgo, y no du-
damos que los interesará mucho, ya que
se ofrece por pocos gastos alcanzar en un
caso feliz una fortuna bien importante.
**Esta casa envía también gratis y
franco el prospecto oficial a quien
lo pida.**

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 72.

AL ACERTIJO MUSICAL:

M I E
A I A
D O N
P A Z
A S I
R E E
S O L A

AL JEROGLÍFICO: Entre parientes y ami-
gos hay enemigos.

A LOS CUATRO APELLIDOS EN ACCIÓN:
Herrero, Calvo, Mira, Lacasa.

A LA COMBINACIÓN: Ricardo.—Corrida.

Las soluciones de los pasatiempos de este número
se publicarán en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
QUE SE NOS REMITAN

Est. tipográfica «Sucesores de Rivadeneyras».